

ANDREA FREDIANI

JERUSALÉN

algaida
INTER

Título original: *Jerusalem*
Editado en Italia por Newton Compton editori s.r.l.
Roma, Casella postale 6214

Primera edición: 2010

© 2008 Newton Compton editori s.r.l.
© Traducción: M.P.V., 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-522-8
Depósito legal: M-43.547-2010
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Agradecimientos.	9
Nota del Autor.	11
PRIMERA PARTE	
<i>Camino</i>	17
SEGUNDA PARTE	
<i>Asalto</i>	133
TERCERA PARTE	
<i>Asedio</i>	59
CUARTA PARTE	
<i>Conquista</i>	451
Epílogo	599

Agradecimientos

Muchas personas me han ayudado sin saberlo en la redacción de esta novela que, independientemente de cómo se juzgue, es rica en puntos de partida. Lo han hecho a través de interminables y a menudo encendidas discusiones, o sencillos intercambios de opiniones que alguna vez he reproducido en el texto. Hay quien de todos modos lo ha hecho conscientemente, ofreciéndome material, noticias y sugerencias útiles. Me refiero a Marco Lucchetti, a Giorgio Albertini y, no por último menos importante, a mi inflexible editor, Roberto Galofaro. A todos ellos les doy sinceramente las gracias.

Quiero asimismo manifestar mi gratitud a Corrado Augias, que con su libro *Investigación sobre Jesús* me ha empujado a profundizar en los conocimientos sobre el Jesús histórico y la Iglesia primitiva, sugiriéndome la idea sobre la que gira esta novela.

Nota del Autor

Con la palabra *cruzada* se evoca un titánico enfrentamiento de civilizaciones. Pero, ¿y si tuviéramos el coraje de considerarla como algo más prosaico? Por ejemplo, ¿un ajuste de cuentas entre las religiones monoteístas? ¿O incluso entre personajes ambiciosos en busca de una tierra prometida o una recompensa existencial? Esto podría servir tanto para los turcos y los árabes que atacaron el Imperio bizantino —provocando la petición de ayuda a Occidente por parte de Constantinopla—, como para los mismos cruzados, ansiosos por obtener una porción de gloria en los lugares de la pasión de Cristo.

Y entonces, si se trató de un ajuste de cuentas, ¿por qué no ir más allá y atribuir a la cruzada el objetivo de consolidar una fe sobre cuyos orígenes, en el confuso paso del Judaísmo al Cristianismo, pesan todavía muchas sombras? Estamos en el terreno de la narrativa, donde todo está permitido. O casi todo. Paradójicamente, hace mil años existían muchas más certezas en el ámbito religioso, y una duda podía también ser un motivo suficiente para desencadenar una guerra.

En el argumento que se narra en este libro, están contenidos algunos datos histórica y filológicamente indiscutibles,

Jerusalén en el 70 d. C

-----Canal de Ezequias



Jerusalén en 1099



que he utilizado como pilares de la trama. En orden cronológico, los hechos verídicos podrían sintetizarse así:

- Santiago el Justo —ya se trate del hermano de Jesús, de otro familiar o de cualquier otra persona— fue uno de los jefes más respetados de la Iglesia primitiva en Jerusalén. Murió ajusticiado antes de la caída de la ciudad, destruida por los romanos en el año 70 d.C.

- La Iglesia en sus orígenes vivió una lacerante discusión, claramente visible en las Cartas de San Pablo, entre los partidarios de la evangelización solo entre los circuncisos, y los que estaban a favor de la conversión de los gentiles.

- La batalla de Manzikert en 1071 provocó una profunda crisis institucional y militar en el imperio bizantino, obligando a Constantinopla a pedir ayuda a Occidente, que se tradujo, un cuarto de siglo más tarde, en la primera cruzada.

- En su marcha hacia Tierra Santa las cruzadas populares, que antecedieron a las de los príncipes, provocaron una serie de pogromos en las ciudades alemanas a lo largo del Rin, en particular en Spira, Worms y Maguncia, donde había importantes comunidades judías. Una vez en Asia, las matanzas se reanudaron, esta vez no solo contra los musulmanes, sino también contra los cristianos ortodoxos que habían terminado bajo el yugo islámico.

- Los turcos, que habían llegado pocas décadas atrás a Asia Menor, y los árabes de Egipto se encontraban enfrentados cuando los cruzados aparecieron en Asia en 1097. No hay que olvidar que el imperio de los turcos ya se había disgregado, fraccionándose en miles de jefes poderosos poco dispuestos a unirse. Esta situación favoreció, sin lugar a dudas, las acciones de los cruzados y facilitó el éxito de sus planes.

- La primera cruzada se encontró sin un verdadero jefe operativo, lo que provocó continuas diferencias entre los co-

mandantes, así como el abandono de algunos de ellos para dar rienda suelta a sus ambiciones.

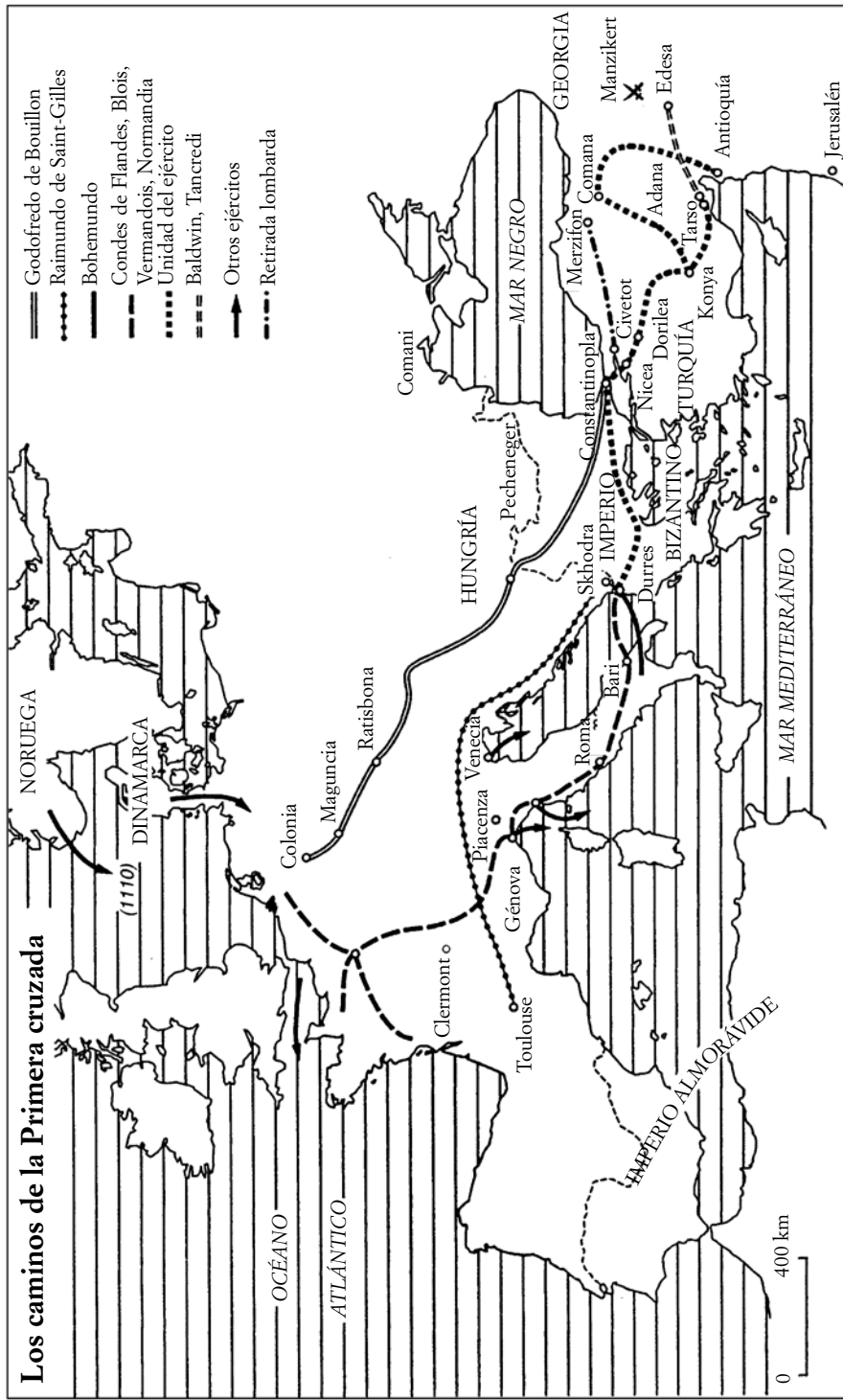
- Después del primer ataque fallido a las murallas de Jerusalén, los cruzados padecieron casi un mes de penuria —sobre todo como consecuencia de la escasez de agua—, antes de volver a intentarlo y tomar finalmente la ciudad.

- Una vez dentro de la muralla, los cruzados perpetraron una de las matanzas más feroces de la historia, seguramente superada por las de Gengis Khan y Tamerlán, pero no por la de Saladino, un siglo más tarde.

El resto de la trama narrada es fruto de mi imaginación, comenzando por los ocho protagonistas. Y es pura fantasía el manuscrito alrededor del cual gira la historia que he desarrollado, si bien el texto que cito está basado en buena medida en textos canónicos (los Evangelios, y las Cartas de San Pablo y Santiago en particular). De cualquier error del libro, por lo tanto, hay que culpar solo y exclusivamente al aquí firmante.

Andrea Frediani

Los caminos de la Primera cruzada



Primera parte

CAMINO

Anano, considerando que la ocasión era favorable por cuanto Festo había muerto y Albino estaba de viaje, convocados los jueces, mandó que se personara ante ellos el hermano de Jesús, llamado el Cristo, cuyo nombre era Santiago, y otros más. Después de acusarles de haber infringido la ley, les entregó a ellos para que fueran lapidados.

FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías*, 20, 197.

Después del martirio de Santiago y la conquista de Jerusalén, que ocurrió inmediatamente después, existe una arraigada tradición según la cual los apóstoles y discípulos del señor que seguían todavía vivos, junto a aquellos que estaban unidos al Señor, por relaciones de consanguinidad, se reunían por todas partes [...] para elegir a una persona preparada para suceder a Santiago. Fue elegido para sentarse en el escaño episcopal por unanimidad Simeón bar Cleofás, de quien hablan los evangelios y que era, se dice, un primo del Salvador.

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, 3, 11, 1.

*JERUSALÉN, AGOSTO 70 D.C.
ASEDIO DE LOS ROMANOS DE TITO*

DEVASTACIÓN. MATANZAS. ESTRAGOS. HORROR. SACRILEGIO. Era lo único que Zoker veía pasar ante él.

En un instante, la visión apocalíptica que el sol ardiente del atardecer le ofrecía, con una evidencia angustiante, había eliminado la imagen mental de su ciudad, abandonada por toda la comunidad ebionita siete años antes: una abigarrada masa de edificios, circunscrita y subdividida por imponentes murallas y torreones que resaltaban sobre escarpados precipicios, dominados por el Templo, cuya cubierta dorada y plateada reflejaba destellos cegadores; una poderosa fortaleza, la Antoniana, cuyas cuatro torres angulares se extendían hacia el cielo sobrepasando la zona sagrada; y los lozanos alrededores de la población, los ricos valles cruzados por tapias, arbustos, empalizadas para los huertos, árboles y bosques, y jardines.

Zoker buscaba desesperadamente con los ojos algo que le resultara familiar, algo que le recordara la primera parte de su vida. Rebuscaba en el lúgubre paisaje para encontrar un testigo de su propio pasado, y del motivo que le había hecho volver. Pero no había nada, nada que le permitiera divisar rastros de la actividad de Santiago el Justo, de sus sermones a lo largo

de las escalinatas del Templo, de las procesiones en las que se ponía a la cabeza para protestar contra los sacerdotes y el rey Agripa II, de los sacrificios que presidía delante del pueblo.

Antes incluso de levantar la mirada, se había dado cuenta de que aquella había dejado de ser la tierra donde había nacido. A lo largo de las laderas del monte Scopus, que había ascendido para gozar de una visión de conjunto de Jerusalén, no había visto un solo árbol; y sin embargo recordaba que precisamente la abundancia de árboles le había impedido siempre bajar por aquella pendiente cuando era un niño.

Poco antes, sobre la cima, sus pies habían pisoteado un terreno plano y que había sido durante mucho tiempo batido por los pasos de los militares, y nivelado por los acuartelamientos que tres legiones romanas habían mantenido sobre la colina, antes de trasladarse hacia la parte opuesta.

Buscó el Templo. Pero en su lugar, sobre el monte que lo había acogido durante siglos, había un cúmulo de escombros negros. Solo algún que otro resto de un arco del magnífico pórtico permanecía en pie, para hacer todavía más angustioso el recuerdo imponente de aquel edificio. A Zoker le habían educado para que lo considerara el más sagrado del mundo, y jamás habría pensado que se pudiera profanar de ese modo; jamás, ni siquiera cuando se escandalizaba por las ofensivas ofertas de los no circuncisos en el edificio, que Saulo de Tarso, enfrentándose con Santiago, había tolerado.

En su mente, pocos recuerdos estaban más vivos que el día del Kippur ocho años antes, en el que había visto a su tío Santiago salir del *Sancta Sanctorum* con los paramentos sagrados de sumo sacerdote. Aquel día lo observó, rodeado por un áurea de santidad. Su cabeza estaba cubierta por una tiara de finísima tela con el borde azul; una corona de oro presentaba en relieve las cuatro letras sagradas de Dios. Llevaba una túni-

ca celeste larga hasta los pies, decorada con franjas de las que colgaban granadas, el símbolo del rayo, y campanitas, el símbolo del trueno. Colgaba de su pecho una faja de cinco colores: oro, púrpura, rojo, lino y celeste, los mismos que decoraban las cortinas del templo, y también de su esclavina, sujeta por dos alfileres de oro, en los que estaban grabados los nombres de los epónimos de las doce tribus de Israel. Y doce habían sido también las piedras que colgaban en la parte delantera, en hilas de tres: sardónice, topacio, esmeralda, carbúnclo, jaspe, zafiro, ágata, amatista, ligurio, ónice, berilo, topacio. A Zoker estos nombres no se le habrían grabado nunca en la cabeza. Pero tal era su orgullo por el papel que desempeña su tío, que se prometió entonces aprenderlo.

El sumo sacerdote Anano le concedió también rezar en el Templo el día de la expiación, pero se había molestado por el espectacular apoyo que Santiago había obtenido por parte del pueblo. Desde entonces, su tío había sido objeto de todo tipo de acusaciones por haber realizado actos impuros: atreverse a decir el nombre de Dios, o entrar contaminado en el santuario sagrado de Israel. En realidad, solo buscaban pretextos para acallar un icono de la oposición, un hombre respetado y casi venerado, que se había atrevido a reprochar al rey Agripa y recordar a los sacerdotes sus deberes hacia el pueblo hebreo, el respeto por las Sagradas Escrituras y por las prescripciones religiosas, así como su escandalosa aquiescencia con los dominadores romanos.

Zoker buscó con la mirada la fortaleza Antoniana, sin ver nada más que una explanada irregular sobre la altura donde el instinto había guiado sus ojos. Intentó reconstruir la fisionomía de su ciudad, de la que recordaba la alternancia armoniosa entre las alturas y los espacios que separaban una zona de la otra.

Vio en cambio tantos terraplenes fortificados, muchos de los cuales terminaban con rampas sobre las que se levantaban, medio destruidas o todavía íntegras, abandonadas o llenas de hombres, torres de asalto frente a las que, invariablemente, se divisaba una brecha en la muralla de la ciudad.

Buscó el triple amurallado que en el norte había encerrado la ciudad nueva. Pero la fortificación más exterior había desaparecido, así como las casas de vecindad que habían poblado el Campo de los Asirios. También allí, por otra parte, los romanos habían montado uno de sus campamentos. Ahora, en cambio, su campamento más consistente se encontraba en la parte opuesta, en el lado occidental, y parecía ser la única zona ordenada en aquel *maremágnum*. Zoker vio otro campo en el lado izquierdo, en el Monte de los Olivos, y restos de la presencia de otro en el oeste, frente al palacio de Herodes. Un vallado de tierra y empalizadas los unía, rodeando lo que permanecía de pie de la ciudad en un recorrido a través del que, no pudo dejar de pensarlo, era improbable pasar.

Buscó la parte más baja de la ciudad, un mosaico de techos que se mezclaban unos con otros, y calles estrechas, pero en su lugar vio unos oscuros restos todavía humeantes, explanadas y casas de vecindad todavía intactas.

Buscó por último la ciudad alta, el sector más lejano desde su punto de observación. Finalmente pudo fijarse en una vista familiar: estaba todavía allí, como la había dejado y como la recordaba. No había ni espacios vacíos ni escombros donde había habitado, y donde esperaba todavía encontrar aquello por lo que había vuelto. Si bien la colina sobre la que se levantaba estaba rodeada por una serie de terraplenes en construcción, tétrico prelude de los próximos ataques de los romanos. Había uno en el lado occidental, frente al palacio de Herodes, otro que colmaba la hondonada hacia el monte del Templo,

otro todavía más hacia el centro, en correspondencia con el Xisto, la plaza para las exhibiciones gimnásticas.

Pero cuando concentró la atención en el perímetro de la muralla, sus ojos se horrorizaron.

Un lúgubre manto de cuerpos diseminados por el terreno recubría los despeñaderos y las pendientes del lado oriental de la ciudad, a lo largo del valle de Josafat. Y entre los montones de cadáveres se levantaban, tétrica imitación de los árboles, centenares de cruces, sobre las que colgaban inertes los cuerpos putrefactos de los rebeldes, expuestos a la vista de los asediados.

El verdadero problema, pensó Zoker, era el valle que rodeaba la ciudad. Una vez superado este, penetrar al otro lado de la muralla no debería resultar imposible. Cualquiera que hubiera vivido en Jerusalén conocía los callejones y las galerías que recorrían la parte subterránea. Siempre y cuando no hubieran sido ya descubiertos y destruidos, había todavía un modo para llegar hasta la ciudad alta. En cuanto a lo que pudiera encontrar, tenía solo que esperar a que Simeón bar Cleofás siguiera vivo y en posesión del memorial de Santiago el Justo. Allí dentro se moría de hambre, eso podía asegurarlo.

Pero estaba allí con ese propósito. Para salvar a Simeón, el primo de su padre. Para recuperar el memorial y evitar que Santiago cayera en el olvido, ya que, gracias a las mentiras de Saulo de Tarso, estaba condenado a ello. Y para restablecer la verdad sobre el hombre extraordinario que había sido el objeto del memorial de Santiago. Jeshua.